

CIE, el 'Guántanamo' de Barcelona (I)

Detrás de cada celda reposan historias a la espera de ser contadas. El periodista catalán Jesús Martínez cuenta la de un joven boliviano, Miguel Aguilar Cejas. Mundo Hispano la publica por entregas. Ésta es la primera.

Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros. Artículo 1 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos

✦ Jesús Martínez Fernández

EL ÉXODO DE LOS OJOS

Los muros se le habían metido en la carne, y le susurraban al oído cosas infernales, porque el enclaustramiento ya tenía ojos y tenía voces, y él las escuchaba todas. Miguel Aguilar Cejas era el interno número 861 del Centro de Internamiento de Extranjeros de Barcelona, en la Zona Franca, un polígono industrial donde Cristo perdió la virginidad, en el linde de la dignidad. Miguel se recostó en el catre de cemento, porque el colchón, sin ser mullido, se reducía a una estera a la que le faltaban plumas de pavo para conciliar el sueño. Adoptaba posiciones incómodas porque no conocía su cuerpo. Se revolvía sobre la única sábana que le tapaba la espalda. A las seis de la mañana, en el vacío de poder del cielo, cuando la luna se escabullía y el sol aún se hacía el remolón, se despertaba de golpe porque su temperatura corporal notaba el frío del relente, y el rocío casi le goteaba en los ojos como si fueran lágrimas de sulfamida.

La primera noche la pasó sin pegar ojo. La angustia le atenazaba, le secaba la lengua y le roía el cerebro. Los ojos, abiertos, evitaban mirar las bombillas alógenas, pasmadas, y oía la respiración de los otros internos.

Miguel era un hombre de 25 años a quien le había llegado la vejez con un golpe seco. Esperaba, esperaba, y añoraba el lindo verde selvático del Valle Alto, con el cráneo acalabazado y la inquietud de Cayetano Delaura en El amor y otros demonios.

El éxodo de los ojos.

1. El plenilunio. El parto

Fue en el plenilunio, cuando los motores de la civilización se ponen a cero para dejar paso a las fuerzas ocultas de la naturaleza. Un aullido sordo, como la rabiosa mordedura de una comadreja, sonó en las mansardas de las pocilgas de las aldeas sin pan. En Cochabamba oyeron el ronco rechinar de dientes de Adelaida Sejas, una mujer hambrienta, contenida, acaudalada, pero pobre. Adelaida acababa de parir al primer varón de sus seis hijos.

Le puso Miguel. Pesó 3 kilos, y las pocas pruebas que le realizaron determinaron que era un niño completamente sano, pero el corazón no le latía con suficiente fuerza. Otras mujeres habían perdido a sus chiquillos, y sus lamentos de iguana y la laceración de sus vísceras que salían como maleficios por sus bocas aún corrían como los rumores y poblaban el aire de ridículas partículas insidiosas.



Fachada del CIE de la Zona Franca, en Barcelona.

Algunas vecinas cuarteronas se acercaron a su puerta y trajeron un líquido incoloro que se llama mezcal. La acompañaron en coro. Unas comían batata, con los dedos de rábano de las criollas y las uñas sucias de la tierra; otras rezaban el rosario, devotas, misteriosas, distantes, con sus sombreros y sus ponchos coloridos, y sus pañuelos de algodón.

Patricia, la más cercana de estas mujeres, una dolorosa mojócollo de labios invertidos, con ceniza por tez, los pies planos y la morbosidad de una embajada, le enjuagaba el sudor con paños gélidos y calientes, y la obsequiaba con sonrisas cuando su semblante de fiebre pedía morir a gritos. Cuidó de la señora Adelaida con la ternura de una monja convencida de su credo.

Su hija, la mayor, recibió la llegada del nuevo hermano con la sangre congelada en las venas, más con indiferencia que con desánimo, con el habitual bostezo de después del trabajo.

Adelaida, cuando despertó del primer sueño de su primer niño, tuvo una idea extraña, un presentimiento.

2. La lontananza. El taller

Miguel admiraba los ampulosos y renacentistas frescos de Raffaello. Le parecían girasoles en tióvivos. De entre las ramas artísticas, su predilección se posaba en la pintura. Miguel asistía a las clases nocturnas de la escuela, en la periferia de su aldea. De día, trabajaba como soldador en un taller de oficiales que antes había sido una ebanistería. Se había presentado en la puerta del taller en busca de una oportunidad exenta de prerrogativas, sueldos de dignatario, gratificaciones, honorarios y condecoraciones. Repartía chispas como un descosido, protegido por una careta de un material ignífugo que le manchaba con una coloración solferina los lóbulos de hornero. Enfrentado al hierro, ensamblaba piezas para construcciones medianas de empresas limitadas.

Cuando abría los libros escolares, confundido por los asientos de los registros en los que se clasificaban los albaranes, en la oscuridad del aula con desconchados y hornacinas de micra sin ángeles, apenas sí distinguía las letras por la fatiga agotadora.

Miguel confundía Demóstenes con Antífona, y a esta, con Diógenes, y a uno le atribuía las propiedades del fuego y a otro le reconocía el mérito de medir la circunferencia terrestre, y, en ambos casos, se equivocaba.

Con el empeño de un cirujano, logró sacarse el bachillerato.

Las niñas que pasaban por delante del taller, aireado por los agujeros sin tapar, en los preludios de la fiesta, perfumaban con su fragancia de rosas y almizcle, y le sonreían a sus ojos rojos. Miguel seguía soplando, con las pretensiones puestas en la lontananza de otras divinidades.

Con el empeño de un cirujano, logró sacarse el bachillerato.

Las niñas que pasaban por delante del taller, aireado por los agujeros sin tapar, en los preludios de la fiesta, perfumaban con su fragancia de rosas y almizcle, y le sonreían a sus ojos rojos. Miguel seguía soplando, con las pretensiones puestas en la lontananza de otras divinidades.

3. Las ventiscas. Los labios

Roberto, su mejor amigo, tenía la barriga de un orangután, y cuando mudaba el semblante, el parecido era tal que los tenderos escondían las bananas en los mercadillos de

los sábados. Con mofletes abultados, rasgos de berberisco, y con la mirada iluminada del dios Viracocha, Roberto se había convertido en un líder nato, a pesar de sus 13 años.

Miguel era buen amigo de Roberto. Los dos volvían siempre juntos de sus correrías.

La hermana de Roberto, Juana de Híjar, poseía unos labios que, al apretarlos, provocaban ventiscas: maduros, salientes, coquetos, húmedos y juguetones. Su figura era la de una estatua de Venus en la cantería de los Museos Capitolinos. Sus brazos, horquillas de grácil manejo. Sus pechos diminutos, incipientes, pugnaban por sobresalir. La niña, con ganas de mostrarse, se solazaba en el paseo de su trasero, cerniéndose, y se pavoneaba delante de las narices de todos los machos.

Cariacontecido, Miguel se ahogaba en sus propios pensamientos impuros que veían bragas de algodón cuando lo único que no llevaba Juana de Híjar eran bragas. Enfebrecido, acalorado, con la aceleración arrítmica de los crónicos, hinchado de susto, entró en el cuartucho de la sala común de la chavola con la obsesión en la frente de unos senos turbios y un coño desaseado.

